

El que no vive para servir no sirve para vivir

“Ustedes serán mis sacerdotes... y se apartarán de todo para servirme solo a mí”, Éxodo 19:6 (TLA).

En el cielo adoraremos y serviremos a Dios: *“... En el cielo... se postraban en adoración... Una gran multitud... delante del trono... le sirven día y noche...”*, Apocalipsis 4:1-10 (NT-BAD) y 7:9-15. Por supuesto que la adoración y el servicio no empiezan en el cielo sino que serán la continuación de lo que hemos sido llamados a hacer aquí en la tierra: *“... Dedicuen toda su vida a servirle... Así es como se le debe adorar”*, Romanos 12:1 (TLA). Ahora bien, Dios espera que lo sirvamos como sacerdotes: *“Ustedes sirven a Dios... como sacerdotes santos...”*, 1ª Pedro 2:5 (PDT). *“... Cristo... nos ha nombrado sacerdotes al servicio de Dios...”*, Apocalipsis 1:6 (BLS). Y, ¿qué hacía un sacerdote en el A.T.? Entre otras cosas ofrecía sacrificios en el templo. Pero lo que realmente distinguía a un sacerdote era la cercanía con Dios: **servía a Dios en intimidad**. El resto del pueblo servía a Dios de muchas maneras, pero solo los sacerdotes podían hacerlo en intimidad. El sumo sacerdote era la única persona que podía entrar al lugar santísimo una vez al año y solo por un período breve de tiempo. Aunque podía acercarse a Dios, la comunión no era permanente. La gran noticia es que eso cambió. Cuando Jesús murió, el velo del templo se rasgó de arriba hacia abajo indicando que el lugar santísimo quedaba abierto: *“Gracias a Cristo... podemos entrar en la presencia de Dios con toda libertad y confianza”*, Efesios 3:12 (NTV). *“... Podemos entrar con toda libertad al Lugar Santísimo gracias a la sangre que Jesús derramó”*, Hebreos 10:19 (PDT).

Carpa del Encuentro. Lugar secreto. Aposento alto. Ayunos semanales. Vigilias. Todas estas disciplinas espirituales nos conectan con Dios en intimidad. ¿Qué puede ser mejor que eso? Ahora bien, servir a Dios no es lo mismo que servir para Dios. Hemos sido llamados a hacer ambas cosas, pero servir a Dios va primero. Se dice que Jesús *“Estableció a doce, para que estuviesen con él (servir a Dios), y para enviarlos a predicar (servir para Dios)”*, Marcos 3:14. **La actividad para Dios nunca debe sustituir nuestra relación con Dios**. Samuel ministraba a Dios y también lo hacían Pablo y Bernabé: *“... Sirviendo ellos al Señor...”*, Hechos 13:2 (PB). Dios había establecido que los sacerdotes levitas le sirvieran: *“... El SEÑOR designó a los de la tribu de Leví para que... estuvieran delante de él para servirlo...”*, Deuteronomio 10:8 (NTV). Servir a Dios en intimidad era un privilegio, sin embargo hubo quienes lo despreciaron. Moisés le dijo al rebelde Coré: *“¿Les parece poco que el Dios de Israel los haya separado... para que estén cerca de él...?”*, Números 16:9 (NVI). Ahora bien, además de servirlo en intimidad los sacerdotes conectaban a la gente con Dios. Construían puentes entre las personas y Dios. Esa es también nuestra misión: *“Dios nos ha otorgado la privilegiada tarea de impulsar a la gente a reconciliarse con Dios”*, 2ª Corintios 5:18 (NT-BAD). Siempre que usemos los talentos naturales, habilidades y dones espirituales para testificar y hacer famoso el nombre de Jesucristo estaremos sirviendo para Dios. ¿Cómo es posible que haya cristianos que desprecien semejante llamamiento? ¿No les basta con servir al Rey de Reyes? ¡Qué pena, cualquier cosa que este mundo les ofrezca les parece mejor que servir a Dios!

La Biblia dice que *“El que gana almas es sabio”*, Proverbios 11:30 y Jesús agregó: *“...Les voy a enseñar a ganar seguidores para mí”*, Mateo 4:19 (TLA). Hacerlo trae recompensa: *“El que cosecha recibe su paga... Los frutos que cosechan son personas”*

que pasan a tener la vida eterna...”, Juan 4:36a (PDT) y 36b (NTV). Pablo dijo: “... *Hago todo lo posible para salvar a algunos.... Hago esto para... alcanzar... la bendición que uno alcanza cuando guía un alma al Señor*”, 1ª Corintios 9:22 (NTV) y 23 (NT-BAD). ¿A qué bendición se refería Pablo? Él mismo lo explica: “... *¿Cuál será nuestra orgullosa recompensa... al estar delante del Señor Jesús cuando él regrese? ¡Son ustedes!*”, 1ª Tesalonicenses 2:19 (NTV). La primera recompensa por haber guiado a otros a Dios será gozo: “*Cuando producen mucho fruto... le da mucha gloria a mi Padre... y desbordarán de gozo*”, Juan 15:8-11 (NTV). La recompensa final no será dinero, prestigio o fama. No será solo una corona con unas cuantas diademas para que las exhibamos orgullosamente delante de los demás en el cielo. Serán creyentes cuyas vidas fueron cambiadas por Dios mediante nuestra predicación del evangelio. “*Pueden estar seguros de que quien haga volver al pecador de su mal camino salvará a esa persona de la muerte...*”, Santiago 5:20 (NTV). No importa qué ministerio te haya dado Dios, tu mayor recompensa y tu más grande gozo después de ver a Jesús será encontrarte con aquellos que creyeron en Cristo por tu valerosa predicación. Tan solo imagina el momento en que nos encontremos con aquellos niños a quienes les compartimos el evangelio mediante la implementación de la campaña *Todos contra el abuso infantil*. Imagina la emoción que será encontrarnos en el cielo con aquellos niños que fueron ministrados en el hogar. Qué sorpresa será para nosotros cuando personas que nunca conocimos nos den la bienvenida en el cielo diciéndonos que están allí gracias al trabajo en las brigadas o a nuestro apoyo en la predicación a través de los medios de comunicación. “*Los que guiaron a muchos por el camino recto, brillarán... ¡brillarán por siempre, como las estrellas!*”, Daniel 12:3 (DHH). Si vivimos para Dios y hacemos que otros también lo hagan brillaremos en el cielo eterno.

La segunda recompensa por mantener viva la intimidad con Dios y guiar a otros a Cristo será mayor capacidad de servicio. “... *A los que se mantengan hasta el final haciendo lo que me agrada, les daré autoridad sobre las naciones*”, Apocalipsis 2:26 (NT-BAD). En su parábola Jesús dijo que al siervo productivo se le dio diez ciudades para gobernar, mientras que al que produjo poco se le dio cinco ciudades, Lucas 19:17-19. Eso significa que la recompensa está relacionada al servicio que le prestamos al Señor aquí en la tierra. **A mayor productividad aquí en la tierra, mayor será nuestra capacidad de servicio allá en el cielo.** Es correcto decir entonces que lo que hagamos en la tierra determinará cuánto el Señor nos usará en el cielo. Y por supuesto, no debemos olvidar lo que le sucedió al siervo improductivo: “*En cuánto a este sirviente inservible, ¡échenlo en las tinieblas afuera, donde la gente llorará y crujirán los dientes!*”, Mateo 25:30 (Kadosh). Dios nos ha confiado un servicio, un ministerio, una responsabilidad. ¿Estamos siendo fieles y glorificando a Dios con aquello que nos ha confiado? ¿Estamos sirviendo a Dios? ¿Estamos siendo puentes para que las personas conozcan al Dios que nos salvó? Servir a Dios es el privilegio más grande del mundo.

Existe una última recompensa en el cielo por servir a Dios aquí en la tierra: “*Estén... listos para servir... Los siervos que estén listos y a la espera de su regreso serán recompensados... él mismo... se pondrá el delantal y les servirá...*”, Lucas 12:35-37 (NTV). ¿No te parece asombroso? El Señor servirá a los redimidos. ¡Nos servirá! Y, ¿por qué lo hará? Motivado por la gratitud de haberlo servido. ¿Puedes entenderlo? Pasar la eternidad adorando, sirviendo y gobernando con Cristo será una verdadera bendición. ¡Cuánto más lo será el ser ministrado por Dios! Pero cuidado, ese privilegio es la consecuencia de haberlo servido aquí en la tierra. ¿Cómo está tu vida espiritual? ¿Cómo estás con las disciplinas espirituales de la oración, el ayuno y las vigiliass? ¿Has reducido

la velocidad en la carrera cristiana? ¿Estás trabajando menos para el Señor? Si tu respuesta es sí, entonces has subestimado el premio. Si tuviéramos una perspectiva adecuada de la recompensa celestial estaríamos motivados a servir espiritualmente. **La diligencia en el servicio se deriva de la visión de la recompensa en el cielo.**